

Aún podemos vivir juntos¹

Reseña: Sennett, Richard (2012) *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*, Anagrama, Barcelona. 432 pp.

Edgar Baltazar Landeros²

Producto de su proyecto Homo Faber, el renombrado sociólogo estadounidense Richard Sennett nos aporta en *Juntos* una serie de reflexiones en torno a la cooperación en las relaciones sociales y su posibilidad de constitución como contrapeso ante la solidaridad del tribalismo y la fragilidad de los vínculos humanos. Reconociendo un contexto donde la cooperación es más la excepción que la regla, Sennett presenta una propuesta por el entendimiento entre extraños y el equilibrio entre competencia y cooperación. Retomando ejemplos de relaciones cooperativas en el taller, la cotidianidad y la comunidad, nuestro autor deja abierta la esperanza de que aún podremos seguir viviendo juntos.

En su proyecto Homo Faber, el autor que con este libro se presenta ahora a sí mismo como Filósofo, pretende abordar “las habilidades necesarias para llevar una vida cotidiana satisfactoria” (pág.9). Así, el profesor de la Universidad de Nueva York y de la London School of Economics, nos presenta un proyecto extraordinario sobre las cosas ordinarias. Homo Faber consta de una trilogía iniciada con *El Artesano*, libro donde trata de destacar la conexión entre la cabeza y la mano, la cual permite a las personas gozar de la habilidad y placer de hacer bien algo. Después de *Juntos*, donde se rescata la cooperación social, la trilogía la completará un libro sobre la vida en las ciudades.

El eje articulador de *Juntos* es “la sensibilidad para con los demás” (pág. 10). Desde su particular perspectiva pragmatista, Sennett piensa que los sujetos se crean a sí mismos por medio de prácticas concretas, por eso su interés es relacionar el esfuerzo personal con los vínculos sociales y el medio físico; en otros términos, la habilidad artesanal, la cooperación y la ciudad. Su postura tiene un núcleo ético: la idea de que somos dueños de nuestro propio destino. Así como lo retrata la fotografía *La construcción de una escalera* de Frances B. Johnston, Sennett alberga la esperanza en que juntos y con habilidad, seremos capaces de ser autores de nuestro entorno y de la vida que vivimos.

La propuesta cooperativa de Sennett se muestra como adversaria de la solidaridad del tribalismo, la cual consiste en ser solidario con los semejantes pero agresivo con los diferentes (pág. 16). En el caso de la ciudad, Sennett reconoce que los sujetos se ven obligados “a pensar en otros con diferentes lealtades y a llegar a acuerdos con ellos” (pág. 16). De ahí la necesidad de rescatar a la cooperación como un intercambio vivido como una experiencia de placer mutuo. Experiencia que es posible, en su visión, a partir del aprendizaje y desarrollo de habilidades de cooperación.

¹ Recibido: 26/mayo/2013 – Aceptado: 22/noviembre/2013

² Politólogo y Psicólogo. Maestrante en Estudios Políticos y Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México.

No obstante, como bien nuestro autor ya lo trató en sus obras *El declive del hombre público* y en *La corrosión del carácter*, la sociedad capitalista propicia una “descualificación” de la cooperación. En tal sociedad prevalecen las relaciones a corto plazo, la falta de compromiso y estabilidad. Esto se refleja en la prevalencia del trabajo flexible y precario, donde hacer compromisos y ganar estabilidad son cosas del pasado. La homogeneización de los gustos y la urgencia del corto plazo son también obstáculos para la práctica de la cooperación.

Ante el escenario narcisista, Sennett introduce la alternativa de la dialógica como estrategia para el desarrollo de habilidades cooperativas. Algo que no es imposible, pues en la infancia tal cooperación comenzó a tomar forma; ahí aprendimos a estar juntos antes que separados (pág. 29). En sus términos, la cooperación es “la atención y la sensibilidad en relación con otras personas” (pág. 30).

Cooperar es escuchar y tener una buena conversación, la cual está llena de desacuerdos pero no impide que se siga hablando. Se trata de una conversación dialógica, según el término que Sennett recupera de Mijaíl Bajtín: “discusión que no se resuelve en el hallazgo de un fundamento común. Aun cuando no hayan llegado a compartir acuerdos, en el proceso de intercambio los interlocutores pueden haber tomado mayor conciencia de sus propios puntos de vista y haber aumentado su comprensión mutua” (pág. 37). Es la dialógica la que describe la comprensión mutua aún con malentendidos. Esta dialógica exige compromiso, dedicación, ensayo y error; se desarrolla como habilidad.

Sennett presenta su propuesta dialógica en tres actos. La primera parte del libro se ocupa de describir la forma en que la cooperación toma forma; la segunda denuncia su debilitamiento en el contexto de una sociedad narcisista y la tercera presenta estrategias para el fortalecimiento de las habilidades cooperativas. El libro se organiza así a partir de una hoja de ruta: auge, declive y rescate de la cooperación.

Sennett identifica cinco formas de intercambio entre las personas (págs. 108 y 127). El intercambio altruista, que surge del autosacrificio. Hay un frágil equilibrio entre cooperación y competencia en el intercambio en el que todos ganan. El intercambio diferenciador, donde los actores advierten sus diferencias; este es un intercambio de tipo dialógico, que permite equilibrar la cooperación y la competencia. En el intercambio de suma cero, una parte se beneficia a expensas de su contraparte, por lo que prevalece la competencia. Tal competencia también es preponderante en el intercambio del tipo “el ganador se lo lleva todo”, en el que una parte elimina a la otra, tal como ocurre en la lógica de los monopolios, la guerra y el genocidio.

La apuesta de Sennett está pues en equilibrar la cooperación y la competencia; sin desconocer que tal equilibrio es frágil y precisa de ser apuntalado por la civilidad, que “significa prestar seriamente atención a los demás” (pág. 252). Ante el contexto de la incivildad configurado por las desigualdades, el trabajo precario y flexible, así como una formación narcisista del yo, la cooperación se debilita. De ahí la necesidad de resarcir el triángulo social desarticulado; formado este por la cooperación el respeto mutuo y la autoridad ganada.

El retraimiento de la persona a su vida privada configura un yo narcisista, no cooperativo, consolidado por la desigualdad estructural y las nuevas formas de trabajo (pág. 254). La cooperación no cabe en el aislamiento, requiere de la reparación del Yo narcisista. Y es esa reparación la que le permite a Sennett vincular lo físico con lo social a partir de la observación del taller como espacio productor de rituales cooperativos, que permiten a los trabajadores manuales luchar con las resistencias y diferencias sociales para cumplir bien con una tarea.

En el taller, “los gestos corporales ocupan el lugar de las palabras a la hora de establecer la autoridad, la confianza y la cooperación” (pág. 289). En ese lugar se practica la restauración, la rehabilitación y la reconfiguración; vinculando así el crear y reparar. Tanto en el taller como en la diplomacia cotidiana, las habilidades cooperativas se presentan inicialmente como prácticas corporales.

Ahora bien, Sennett no se ocupa de los obstáculos macrosociales encaminados a la censura de las prácticas cooperativas; si bien un individuo o colectivo es capaz de asumir una actitud cooperativa en su vida cotidiana, se enfrenta también cotidianamente ante un modelo económico excluyente y un poder político que se esfuerza en nulificar los lazos cooperativos. Al parecer, la propuesta de Sennett es viable en la cotidianidad, pero no se presenta tan clara para las instituciones macrosociales.

Es en la escala comunitaria donde a Sennett le interesa aterrizar su propuesta cooperativa. Es a ese nivel donde, en su perspectiva, es posible la práctica del compromiso personal. La comunidad se muestra así “como un proceso de ingreso en el mundo, un proceso en el que se elabora tanto el valor de las relaciones cara a cara como los límites de esas relaciones” (pág. 383). El objetivo es entonces lidiar con el riesgo de una comunidad destructiva, solidaria para el linchamiento; la apuesta es en cambio por una comunidad de relaciones dialógicas entre extraños que comparten tiempo y espacio.

Sin desconocer la preponderancia de un mundo competitivo, Sennett aún ve la posibilidad de hacer algo juntos (pág. 385), de “prestar atención a las diferencias y disonancias mutuas” (pág. 391). En Juntos, nos invita a reconocernos, no para buscar unidad como en las tiranías y en las luchas entre grupos: nosotros-contra ellos (pág. 392). Si bien la consolidación del paradigma de las democracias liberales nos pone en un escenario individualista de supervivencia del más competitivo; la política progresista tiene ante sí el desafiante reto de conciliar la cooperación con la competencia, no para llamar a una solidaridad de confrontación, sino a una voluntad de hacer bien las cosas con los otros. Se trata de un hacer, de entrada, cotidiano y dialógico, que bien puede fungir como el primer paso para la conceptualización de un modelo político integrador, entonces sí, a una escala macro.